

pedestres moralidades en que tanto se complacia, y dedicándose al cultivo de la poesía histórica, única para la cual parece haber nacido (1).

## IV

Quien desee cifraren un solo nombre la cultura literaria de la época de D. Juan II, difícilmente hallará ninguno que tan bien responda á su intento ni pueda

(1) Las poesías del señor de Batres andan dispersas en casi todos los Cancioneros manuscritos é impresos del siglo xv, especialmente en los de Baena, Ixar, Gallardo, en tres de la Biblioteca Nacional de París (que sirvieron á Ochoa para publicar sus *Rimas inéditas del siglo XV*), en el de Ramón de Llavía (donde se imprimió por primera vez el tratado de *vicios y virtudes*), y, finalmente, en el *General* de Castillo, que contiene muy pocas. Hay, además, Cancioneros especiales de Fernán Pérez, entre los cuales merece la preferencia el de la Biblioteca de los Duques de Gor, en Granada, escrito por un Antón de Ferrera, criado del Conde de Alba, «é acavóse de escrevir primero día de Marzo del Señor de mill é quatrocientos é cinquenta é dos años». No contiene más que la *Confesión Rimada*, los *Vicios y Virtudes* y los *Claros Varones*, pero es muy buen texto.

En Lisboa, 1512, y en Sevilla, 1516, por Jacobo Cromberger (bella y rarísima edición que posee nuestro amigo el Marqués de Jerez de los Caballeros), apareció un libro, reimpresso luego varias veces, que lleva por título *Las Sietecientas del docto et muy noble cavallero Fernán Pérez de Guzmán: las quales son bien científicas y de grandes et diversas materias et muy provechosas: por las quales qualquier hombre puede tomar regla et doctrina y exemplo de bien vivir*.

Estas *Sietecientas* se compaginaron reuniendo el libro de *diversas virtudes*, la *Confesión Rimada*, los *himnos* y alguna otra cosa, hasta completar el número de 700 estrofas, con que se quiso remedar las *Trescientas* de Juan de Mena. Los *Proverbios* y los *Claros Varones* fueron impresos por primera vez en las *Rimas inéditas* de Ochoa (París, 1844), pero así estas piezas como las restantes exigen escrupulosa revisión.

servir de personificación tan adecuada como el de Don Iñigo López de Mendoza, primer Marqués de Santillana. Su talento flexible y ameno recorrió todos los géneros y formas de la literatura poética de su tiempo; y si en el largo catálogo de sus obras no se encuentra quizá ninguna que en lo trascendental de la concepción y en el vigor de algunos detalles pueda parangonarse con el *Labyrintho* de Juan de Mena, tampoco adolece (á lo menos en igual grado) de los defectos de aquella manera, ora enfática y rígida, ora crespa y campanuda, con que el poeta cordobés, lidiando á brazo partido con la lengua y con el metro, daba imperfecta expresión á la innegable grandeza de sus pensamientos. La inspiración en el de Santillana corre por cauce menos profundo, pero es más apacible y tersa. A falta de condiciones de orden superior, tiene todas las que nacen de la destreza técnica, nunca rebelde al impulso de su fantasía viva y lozana, que pasa sin el menor esfuerzo de lo grave y doctrinal á lo galante y fugitivo. Gran señor en poesía, como en todas sus cosas, muestra en su estilo cierto nativo desembarazo é ingénita bizarria, sin que baste ni siquiera el peso de la erudición pedantesca de su siglo para entorpecer y desfigurar la elegancia no forzada ni aprendida de los movimientos de su musa. En la poesía ligera es gran maestro: por él se aclimató definitivamente en el Parnaso castellano la *serranilla* gallega: si tuvo predecesores dentro de su propia familia, él se llevó en esto, como en lo demás, *toda la fama de los Mendozas*, según el dicho de un descendiente suyo. El Archipreste de Hita, como franco realista que era, había parodiado algo brutalmente este delicado género entre popular y trovadoresco. El Marqués de Santillana, ingenio menos vigoroso y más femenino que el Archipreste, pero por lo mismo más sensible que él á los halagos de la belleza lírica, recogió aquellas florecillas agrestes, y sin hacerlas perder su nativo perfume, les dió otro más penetrante y refinado, poniendo en

él una gota de inocente malicia. *La Vaquera de la Fijojosa* quedó como tipo eterno del género, perjudicando quizá con su misma pulcritud y gentileza (que hace que tan fácilmente se pegue al oído) á la justa fama que merecían compartir con ella otras hermanas suyas, no menos frescas y sabrosas.

Herederó de las tradiciones doctrinales de Ayala y Fernán Pérez de Guzmán (con quienes le unían hasta los lazos de la sangre); educado con la lectura asidua de los libros sapienciales de la Escritura y de los moralistas de la antigüedad clásica, escribe Santillana *Proverbios* y *Doctrinales*, y avisos y remedios contra adversa fortuna; pero como era poeta, no procede con el árido dogmatismo del *Rimado de Palacio* ó de *Las Setecientas*, sino que con su decir vivo, rápido y pintoresco, comunica amenidad á los lugares comunes filosóficos, grabándolos en la memoria con adecuadas imágenes que visten y hermocean la austeridad de la sentencia. A una obra poética de filosofía moral debió precisamente una buena parte de su fama popular, nunca extinguida; y *Marqués de los Proverbios* se le llamaba todavía en la tierra solariega de su madre, allá por los fines del siglo XVI, cuando los valles de Cantabria litigaban contra el señorío de los descendientes de D. Íñigo.

Con Juan de Mena comparte el Marqués el principio de la escuela alegórica derivada de Dante y naturalizada en Castilla por Micer Francisco Imperial. No es la *Comedieta de Ponza* obra de tanto empeño ni de tan vasto plan como el *Labyrintho*. Circunscrita á un suceso contemporáneo y reflejando fielmente la impresión del momento, debe á su carácter de actualidad histórica la mayor parte de sus bellezas. Pero fuera del poema de Juan de Mena, no hay ninguna de las innumerables *visiones* que en aquel siglo se escribieron, que aventaje á ésta ni aun se la acerque, ni en el brio de la versificación, ni en lo grave y maduro de las sentencias, ni en la hábil intercalación del diálogo,

ni en el boato y pompa descriptiva de algunos trozos.

Fué gran discípulo de los italianos el Marqués de Santillana, y uno de los más calificados precusores de Boscán. No sólo tomó de Dante altísimos pensamientos, sino que á veces le tradujo literalmente; verbigracia: *nessun maggior dolore...*

La mayor cuyta, que aver  
Puede ningún amador,  
Es membrarse del placer  
En el tiempo del dolor...

(*Inferno de los Enamorados.*)

Y no sólo de Dante, sino de Petrarca y Boccaccio fué admirador fervoroso y continuo lector. Al segundo le introdujo como capital personaje en su fantasía alegórica de la *Comedieta de Ponza*. A imitación del primero, compuso sonetos, los más antiguos sin duda que posee la lengua castellana. La introducción de tal forma métrica, aunque fuese de un modo imperfecto y algo rudo, bastaría para dar al Marqués de Santillana un puesto entre los poetas españoles del Renacimiento, al cual ya en rigor pertenece por su gusto, educación y tendencias. Dignas son de repetirse á este propósito las arrogantes palabras con que reconoce esta deuda el divino Herrera en su comentario á Garcilaso, hablando de la versificación toscana y del tiempo en que se introdujo entre nosotros: «No en la edad de Boscán, como piensan algunos; que más antigua es en nuestra lengua, porque el Marqués de Santillana, gran capitán español y fortísimo cavallero, tentó primero con singular osadía, y se arrojó venturosamente en aquel mar no conocido, y volvió á su nación con los despojos de las riquezas peregrinas. Testimonio desto son los sonetos suyos, dinos de veneración por la grandeza del que los hizo, y por la luz que tuvieron en la sombra y confusión de aquel tiempo».

Es cierto que sólo con gran trabajo podía abordar el Marqués los textos latinos en su original, y de nin-

gún modo los griegos; pero su generoso entusiasmo por las letras triunfó en parte de estos obstáculos, y ya que no podía poseer las formas, logró á lo menos hacerse señor de las materias. Su condición de Mecenas suplió lo que faltaba á su educación, que no había sido de humanista. Rodeado de una verdadera corte literaria, encargó á los que tenía por más doctos, traducciones de los libros que más excitaban su curiosidad y más podían aprovecharle en sus estudios. «A ruego é instancia mía, primero que de otro alguno (dice él mismo), se han vulgarizado en este reyno algunos poemas, así como la *Eneyda* de Virgilio, el libro mayor de las *Transformaciones* de Ovidio, las *Tragedias* de Lucio Aneo Séneca, é muchas otras cosas en que yo me he deleytado fasta este tiempo é me deleyto, é son asy como un singular reposo á las vexaciones é trabaxos que el mundo continuamente trahe, mayormente en estos nuestros reynos.» Por industria de un capellán suyo, Pedro Díaz de Toledo, penetró también en estas partes de España el divino Platón, representado por el más admirable de sus diálogos, el *Phedon*, que ya se podía leer en nuestra lengua antes de 1450. Tarde, sin duda, é imperfectamente llegó el Marqués á trabar conocimiento con Homero, no ya en el diminuto compendio de Juan de Mena, sino en versiones derivadas de la latina del milanés Pedro Cándido Decimbre. Valióse para obtenerlas de su propio hijo, el protonotario D. Pedro González de Mendoza, que con el tiempo había de ser gran Cardenal de España, y andaba entonces en el estudio de Salamanca. En carta inestimable para la historia del humanismo español, decía D. Íñigo á su hijo: «Algunos libros... he rescibido, este otro día, por un pariente é amigo mío, que nuevamente es venido de Italia (1), los quales asy por Leonardo de Arecio como por Pedro Cándido, mila-

(1) Probablemente Nuño de Guzmán, gran bibliófilo, que estaba en relaciones con los humanistas de Florencia.

nés, d'aquel príncipe de los poetas, Homero, é de la historia troyana que él compuso, á la qual *Iliade* intituló, traducidos del griego á la lengua latina: creo ser primero, segundo, tercero é quarto, é parte del décimo libro. E como quier que por Guydo de Columna, é informados de las relaciones de Ditis, griego, é Dares, frigio, é de otros muchos auctores, asaz plenaria é extensamente ayamos noticia d'aquellas, agradable cosa será á mi ver obra de tan alto varón é quassi soberano príncipe de los poetas, mayormente de un litigio militar ó guerra, el mayor é más antiguo que se cree aver seydo en el mundo. E assy, ya sea que non vos fallescan trabajos de vuestros estudios, por consolación é utilidad mía é de otros, vos ruego mucho vos dispongades; é pues que ya el mayor puerto, é creo de mayores fragosidades, lo passaron aquellos dos prestantes varones, lo passedes vos el segundo, que es de la lengua latina al nuestro común idioma.»

No sabemos si D. Pedro González de Mendoza llegó á cumplir el deseo de su padre, tan vivamente manifestado. Pero si sabemos que Volmöller acaba de descubrir una traducción, en prosa castellana, de los cinco primeros libros de la *Iliada*, según el texto latino de Pedro Cándido, dedicada al rey D. Juan II. ¿Será ésta la misma del protonotario? De todos modos, corresponde á la misma época, y es la primera aparición de Homero en la literatura española.

Aunque clásico en la dirección general de su espíritu y de sus lecturas, el Marqués de Santillana no rompió bruscamente con las tradiciones de la poesía de la Edad Media. Por muchos lazos permanecía aún unido á la escuela de los trovadores. Bien lo comprueba lo que pudiéramos llamar su *poética*, el memorable *prohemio* ó carta que envió al Condestable D. Pedro de Portugal con el Cancionero de sus obras. Este documento, tan traído y llevado por la crítica desde que le dió á conocer el P. Sarmiento y le imprimió integro el bibliotecario D. Tomás Antonio Sánchez con

notas de erudición caudalosisima para su tiempo, es medio preceptivo, medio histórico, y en uno y otro sentido muy digno de atenta consideración. No es, como los fragmentos del *Arte de trovar* de D. Enrique de Villena, mera imitación de las poéticas provenzales, aunque ciertamente arguye que á Santillana le eran familiares. Más elevados y trascendentales son sus propósitos, más alto su concepto de la poesía: «fingimiento de cosas útiles, cubiertas ó veladas con muy hermosa cobertura, compuestas, distinguidas et scandidas por cierto cuento, peso y medida». Aquí hay ya una noción estética, aunque ligera y vagamente formulada, en la cual entran como elementos esenciales el concepto de la forma (*fermosa cobertura*), el de ficción ó creación poética (*fingimiento*) y el de utilidad doctrinal, por donde viene la poesía á ser á los ojos del Marqués de Santillana, no sólo una ciencia, sino la «más prestante, más noble ó más dina del hombre... cá las escuridades et cerramientos de las ciencias, ¿quién las abre, quién las esclarece, quién las demuestra é face patentes, sinon la eloquencia dulce é fermosa fabla, sea metro, sea prosa?».

Es, pues, la poesía «un celo celeste, una affection divina, un insaciable *cibo* (ó alimento) del ánimo, y así como la materia busca la forma é lo imperfetto la perfettión, nunca esta sciencia de poesía é gaya sciencia se fallaron si non en los ánimos gentiles y elevados espíritus». Y parafraseando muy lindamente un pasaje de Casiodoro, añadía: «Esta en los délficos templos se canta, é en las cortes é palacios imperiales é reales, graciosamente es resecebida. Las plazas, las lonjas, las fiestas, los convites opulentos sin ella así como sordos en silencio se fallan.»

Bastaría esta carta para probar la varia y selecta erudición del Marqués de Santillana, que ya toma pensamientos de los libros retóricos de Marco Tulio, ya noticias historiales de las *Etimologías* de San Isidoro; ya cita (seguramente de memoria, como lo

prueban las variantes) versos de la *Divina Comedia* que parece haber sabido de coro; ya se dilata complacido en las alabanzas del Petrarca y del *poeta excelente é orador insine Johan Boccacio*, recordando cuán aceptos fueron el uno al rey Roberto de Nápoles, y el otro al rey Juan de Chipre.

El espíritu de hombre del Renacimiento que dominaba en el Marqués de Santillana le hace despreciar y calificar de *infima* la poesía popular, y de *mediocre* toda poesía en lengua vulgar, reservando el calificativo de *sublime* para «aquellos que las sus obras escribieron metrificando en lengua griega ó latina».

De los provenzales parece haber conocido las poéticas más bien que los poetas, y aún éstos sólo de nombre y por citas de los italianos. Así, de Arnaldo Daniel, uno de los poquísimos que menciona (sin duda por haberle encontrado en la *Divina Comedia*) dice expresamente que no había visto obra alguna.

Mucho más versado estaba en la lectura de los poetas franceses de los siglos XIV y XV, aunque nunca ó rarísima vez los imitase. Existe todavía, aunque no desgraciadamente en España, el código magnífico del *Roman de la Rose*, que perteneció á su biblioteca; y además de Guillermo de Lorris y su continuador, aparecen citados con notable encarecimiento en sus escritos, *Michaute* (Michault), que escribió «un grand libro de baladas, canciones, rondeles, lays é virolays, é assonó muchos dellos»; *Micer Otho de Grandson*, «cavallero estrenuo é muy virtuoso, que se ovo alta é dulcemente en esta arte»; *Maestre Alan Charrotier* (Alain Chartier), «muy claro poeta moderno, é secretario deste rey Luis de Francia (Luis XI), que con grand elegancia compuso é cantó en metro el *Debate de las quatro damas*, la *Bella Dama Sanmersi*, el *Revelle matin*, la *Grand pastora*, el *Breviario de nobles* é el *Hospital de amores*: por cierto cosas asaz fermosas é placentes de oír». A estas aficiones del Marqués de Santillana, ya raras en su tiempo, y que no se limitaban á la lite-

ratura, sino que se extendían á los trajes, armas y costumbres francesas, aludía manifiestamente el autor de las *Coplas de la Panadera* cuando presentaba á D. Iñigo en la batalla de Olmedo

Con fabla casi straniera,  
Armado como francés.

Obsérvese que todos los poetas franceses citados por el Marqués de Santillana pertenecen á la escuela alegórica y pedantesca, cuyo principal monumento es el *Roman de la Rose*. Los poemas caballerescos habian pasado de moda, y el Marqués que, como hombre de corte, la seguía en casi todo, no parece haber tenido conocimiento directo de ellos, á lo menos en su primitiva forma rimada. Ni uno solo se encuentra citado en sus obras: ni uno solo queda entre los venerables restos de su biblioteca, salvados del incendio del palacio de Guadalajara y de extravíos posteriores.

Pero mucho mayor que su inclinación á lo francés fué su pasión por todo lo italiano. Concedía cierta preferencia á los franceses en el *guardar del arte*, esto es, en el empleo de una técnica más artificiosa y complicada, pero en todo lo demás daba la ventaja á los itálicos, «cá las sus obras se muestran de más altos ingenios, é adórnanlas é compónenlas de fermosas é pelegrinas estorias... ponen sonos asy mismo á las sus obras, é cantánlas por dulces é diversas maneras, é tanto han familiar acepta é por manos la música, que parece que entre ellos ayan nascido aquellos grandes filósophos Orphea, Pitágoras é Empedocles, los quales, asy como algunos describen, non solamente las yras de los omes, más aún á las furias infernales con las sonoras melodías é dulces modulaciones de los sus cantos aplacavan. ¿É quién dubda que asy como las verdes fojas en el tiempo de la primavera guarnescen é acompañan los desnudos árboles, las dulces voces é fermosos sonos non apuesten é acompañen todo rimo, todo metro, todo verso, sea de cual-

quier arte, peso é medida?» Este profundo sentido del ritmo musical en relación con el ritmo poético es dote característica del Marqués de Santillana, que á ella debió la excelencia de ser sin disputa el primero y más armonioso de los versificadores de su tiempo.

Contiéndose en el *Prohemio* del Marqués de Santillana las únicas noticias y juicios que la Edad Media española nos dejó sobre sus poetas. Puede considerarse como el primer ensayo de nuestra historia literaria, y cosas hay en él que no han sido de todo punto entendidas y aprovechadas hasta nuestros días. Fué Santillana el primero que reconoció los orígenes gallegos de nuestra poesía lírica: «É después fallaron esta arte que mayor se llama et el arte común, creo en los reynos de Galicia é Portugal, donde non es de dubdar que el exercicio destas sciencias más que en ningunas otras regiones é provincias de España se acostumbró... É aun destes es cierto resecevimos los nombres del arte, asy como maestria mayor é menor, encadenados, lexapren é mánsobre.» El Marqués habia leído cuando muchacho un cancionero gallego, que no debía de diferir mucho de los dos que hoy se conservan en Roma: «Acuérdome, Señor muy manífico, seyendo yo en edat non proveeta, mas assaz pequeño mozo, en poder de mi abuela Doña Mencía de Cisneros, entre otros libros aver visto un gran volúmen de cantigas, serranas, é decires portugueses é gallegos, de los quales la mayor parte eran del rey Don Dionis de Portugal (creo, Señor, fué vuestro bisabuelo), cuyas obras aquellos que las leían, loaban de invenciones sotiles é de graciosas é dulces palabras.»

Fué también el Marqués fino conocedor de la literatura catalana: «Los catalanes (decía), valencianos é aun algunos del reyno de Aragón fueron é son grandes oficiales desta arte.» Conoció, á lo menos de fama, algún trovador catalano-provenzal como Guillén de Berguedá y Pau de Benvivre, y positivamente habia leído mucho á todos los poetas catalanes y valen-

cianos de su tiempo: Pedro March el viejo, cuyos *proverbios de grand moralidad* respondían á una de las tendencias dominantes en su espíritu; el gran petrarquista Mosen Jordi de Sant Jordi «el qual ciertamente compuso asaz fermosás cosas, las quales él mesmo asonava, cá fué músico excelente», y á cuya coronación dedicó el Marqués uno de sus más graciosos poemas, primera prenda de fraternidad entre las musas catalanas y las castellanas; Ausías March, en fin, «grand trovador é ome de assaz elevado espíritu.»

No conoció el Marqués ó desdeñó los primitivos monumentos de la poesía heroica de Castilla: ni siquiera el nombre de *cantar de gesta* suena en el *Prohemio* ni en otra ninguna de sus obras. Sus noticias empiezan con el *mester de clerecía*, y aun en esto son muy incompletas: á Berceo ni siquiera le nombra: en cambio menciona un poema no descubierto hasta hoy, *Los votos del Pavón*, que debió de ser continuación del *Alexandre*, como lo es en los poemas franceses del mismo argumento.

De los juicios de Santillana sobre los poetas posteriores al Archipreste de Hita, entre los cuales da la preferencia á Micer Francisco Imperial, sin duda por haber imitado á Dante, hemos tenido ya ocasión de hacer mérito en el curso de estos estudios.

Tal fué la educación literaria, tales las lecturas predilectas del Marqués de Santillana. Aunque no hubiese sido bajo muchos aspectos el primer escritor de su tiempo, siempre se le debería estimar como el hombre de más varia y amena cultura que honró la corte de D. Juan II. No fué propiamente un sabio ni un humanista, pero fué, además de excelente poeta, un admirable aficionado, un espléndido Mecenas, un colector muy inteligente, un hombre benemérito en grado sumo de la cultura nacional. Su casa de Guadalajara era una Academia y un Museo. «Tenía gran copia de libros (dice Hernando del Pulgar) é dábase al estudio, especialmente de la filosofía moral é de cosas pe-

regrinas é antiguas; é tenía siempre en su casa doctores é maestros, con quienes platicaba en las sciencias é lecturas que estudiaba.» Aquella bellissima colección de códices, vinculada por su hijo D. Diego (primer Duque del Infantado), no ha resistido sino en muy pequeña parte á las vicisitudes de los tiempos. Los restos de ella, preciosísimos sin embargo, paran hoy en la Biblioteca Nacional, salvo alguno que otro códice que en hora meñguada emigró de España. Con presencia de estos códices, existentes hasta estos últimos años en la biblioteca de Osuna, y con las citas y referencias de otros autores que hace el de Santillana en sus obras, intentó con buen éxito Amador de los Ríos la restauración de la biblioteca del Marqués, que no es el capítulo menos interesante de su biografía literaria.

Su retrato físico y moral está trazado por la clásica pluma de Hernando del Pulgar en uno de los mejores capítulos de sus *Claros Varones de Castilla*. Fué Don Iñigo «hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros, é fermoso en las facciones de su rostro... Era hombre agudo é discreto é de tan gran corazón, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placía entender. En la continencia de su persona é en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso é magnánimo. Fablaba muy bien é nunca le oían decir palabra que non fuesse de notar, quier para doctrina, quier para placer. Era cortés, é honrador de todos los que á él venían, especialmente de los hombres de sciencia... Fué muy templado en su comer é beber, y en esto tenía una singular continencia... Era caballero esforzado, é ante de la hacienda, cuerdo é templado; é puesto en ella, ardit é osado, é ni su osadía era sin tiento, ni en su cordura se mostró jamás punto de cobardía... Gobernaba asimismo con grand prudencia las gentes de armas de su capitania, é sabía ser con ellos señor é compañero. E ni era altivo con el señorío, ni raéz en

la compañía, porque dentro de sí tenía una humildad que le hacía amigo de Dios, é fuera guardaba tal autoridad que le hacía estimado entre los hombres. Daba liberalmente todo lo que á él como á capitán mayor pertenecía de las presas que se tomaban, é allende de aquello, repartía de lo suyo en los tiempos necesarios. E guardando su continencia con graciosa liberalidad, las gentes de su capitania le amaban, é temiendo de le enojar, no salían de su orden en las batallas... Los poetas decían por él que en la corte era grand Febo por su clara gobernación, é en campo Anibal por su grand esfuerzo. Era muy celoso de las cosas que á varón pertenecía facer é reprehensor de las flaquezas que veía en algunos hombres... Solía decir á los que procuraban los deleytes que mucho más deleytable debía ser el trabajo virtuoso que la vida sin virtud, quanto quier fuesse deleytable. Tenía una tal piedad, que cualquier atribulado ó perseguido que venía á él, fallaba muy buena defensa é consolación en su casa, pospuesto qualquier inconveniente que por le defender se le pudiesse seguir... Este claro varón en las huestes que gobernó... con la autoridad de su persona é no con el miedo de su cuchillo, gobernó sus gentes, amado de todos, é no odioso á ninguno... Tenía gran fama é claro renombre en muchos reynos fuera de España; pero reputaba muy mucho más la estimación entre los sabios que la fama entre los muchos. E porque muchas veces vemos responder la condición de los hombres á su complexión é tener siniestras inclinaciones aquellos que no tienen buenas complexiones, podemos sin duda creer que este caballero fué en grand cargo á Dios por le aver compuesto la natura de tan igual complexión, que fué hábil para recibir todo uso de virtud, é refrenar sin grand pena cualquier tentación de pecado... Si verdad es que las virtudes dan alegría é los vicios traen tristeza, como sea verdad que este caballero lo más del tiempo estaba alegre, bien se puede judgar que mucho más fué acompañado de vir-

tudes que dan alegría que señoreado de vicios que ponen tristeza.»

La semblanza puede estar algo hermoçada, pero la exactitud de los principales rasgos es evidente, porque concuerda de todo punto con la impresión moral que nos dejan las obras del Marqués y aun el conjunto de los actos de su vida. El Marqués de Santillana era sobre todo un hombre bien equilibrado, un espíritu naturalmente recto, sereno y algo frío, que solía realizar el bien sin esfuerzo, sin lucha interior, cuando no se atravesaba el cuidado de su propio medro, al cual no puede negarse que atendió hasta con exceso, si bien en términos de relativa honestidad para lo que toleraba la moral política de aquellos tiempos. Fué tan hábil como afortunado, y apenas hubo cosa en que pusiese mano que no le saliese á la medida de su talante. En esto, como en otras muchas cosas, se pareció á su tío Ayala; pero ni D. Iñigo tuvo que empeñarse en tan fieras y desesperadas contiendas, ni los tiempos que alcanzó, con ser muy duros, fueron tales como aquellas sangrientas postrimerias del siglo XIV, en que la noción moral estuvo á punto de naufragar en todos los espíritus, abrumados por el espectáculo de tan continuas atrocidades y perfidias. Pudo, pues, sin tanto esfuerzo como el Canciller, sacar ilesa su honra en medio de la fiera avenida de tantas ambiciones desbordadas, fundar la casa más poderosa de Castilla, legar á sus numerosos hijos el más pingüe patrimonio, y dormirse después en la paz del Señor con tan ejemplar y cristiana muerte como en el *Razonamiento* de Pedro Díaz de Toledo se relata. Había disfrutado de todos los halagos de la fortuna y de la gloria: temido capitán, experto político, dechado de caballeros, él imponía hasta la ley de la moda en armas y arcos militares: «Fué el primero que traxo á estos reynos (dice su secretario Diego de Burgos) muchos ornamentos é insinias de cavallería, muchos nuevos aparatos de guerra; é non se contentó con traerlos

de fuera, mas añadió é emendó en ellos é inventó por sí muchas cosas, que á toda persona eran gran maravilla é de que muchos ficieron arreo. Así que en los fechos de armas ninguno en nuestros tiempos es visto que tanto alcanzase nin que en las cosas que á ellos son convenientes, toviese en estas partes deseo tan grande de gloria.»

Su fama traspasó los aledaños de la península, y Juan de Mena en el *Prohemio* de su *Coronación* refiere que hubo extranjeros que vinieron á Castilla sólo por el deseo de conocerle. Y añade en su diabólica y revezada prosa: «La qual volante fama con alas de ligereza, que son gloria de buenas nuevas, encabalgó los gállicos Alpes, é discurrió hasta la frigiana tierra.»

Afortunado en todo el Marqués de Santillana, lo ha sido hasta en encontrar biógrafos y editores muy diligentes. Escribió primero su vida D. Tomás Antonio Sánchez con la sólida erudición y recto juicio que hacen de él uno de los más calificados precursores de la escuela moderna. Y en nuestros días el ilustre autor de la *Historia Crítica de la Literatura Española* levantó á la memoria del Marqués el más digno y perdurable monumento con la edición completa de sus obras, esrupulosamente cotejadas con gran número de códices, é ilustradas con la vida del autor, notas y comentarios. Este trabajo, publicado en 1852, es sin género de duda uno de los que más honran la memoria de Amador de los Ríos, y una de las mejores ediciones que tenemos de cualquier autor clásico castellano. Guiándonos por tan seguros maestros, apuntaremos aquí lo substancial de la biografía del Marqués, fijándonos sobre todo en lo que puede contribuir á la ilustración de sus obras literarias.

Nació D. Iñigo López de Mendóza el 19 de Agosto de 1398, en la antigua é histórica villa de Carrión de los Condes, que ya había sido cuna de otro poeta moralista, el Rabi Don Sem Tob. Pero aunque su nacimiento casual fuese en la tierra llana de Castilla, su

prosapia paterna era la de los Mendozas de Alava, y su madre fué aquella fiera y arrogante rica hembra montañesa que se llamó Doña Leonor de la Vega, á quien debió el futuro Marqués no sólo el cuidado de su educación, sino la salvación de su patrimonio contra todo género de usurpadores, detentadores y litigantes, quier por vía de derecho, quier por fuerza de armas. Aquella mujer extraordinaria, en quien se aunaban una firmeza varonil é inquebrantable y una astuta y paciente cautela, muy propia de su raza, fué quien verdaderamente formó el espíritu de su hijo, de quien podemos decir (recordando una frase que á otro propósito escribió el Padre Sigüenza) *que anduvo muy montañés* en todos los actos de su vida política. Y sin duda por eso la tradición vulgar, consignada en un libro de cuentos del siglo XVI, le presentaba, muy contra la verdad histórica, viniendo mancebo de la Montaña, *en piernas* y con dos lebreles, que presentó en Segovia á D. Juan II, comenzando á captarse su voluntad de esta suerte. Tan absurda conseja tiene, no obstante, cierto valor simbólico, como todas las de su género.

A la temprana edad de siete años quedó D. Iñigo huérfano de padre. Habíalo sido el prepotente Almirante de Castilla D. Diego Hurtado de Mendoza, señor de Hita, Buitrago, Guadalajara y el Real de Manzanares, tenido por el prócer más acaudalado de Castilla en su tiempo. Su muerte fué la señal de la invasión de una parte considerable de los estados de la casa de Mendoza por deudos y vecinos codiciosos. Y aunque la buena maña de Doña Leonor de la Vega hizo reconocer á su hijo en el señorío de Hita y Buitrago, cuyos concejos le prestaron pleito homenaje, no aconteció lo mismo en Guadalajara, de la cual se apoderó á viva fuerza un hermano del Almirante, el señor de Rello; ni en el Real de Manzanares, sobre el cual entabló litigio la Condesa de Trastámara Doña Aldonza de Mendoza, hija del primer matrimonio de D. Die-



go; ni, finalmente, en los valles de la Montaña, donde encendieron cruenta guerra civil los Manriques, señores de Castañeda, aspirando á la posesión de Liébana, Pernia y Campoo de Suso. Un tremendo banderizo de la parte de los Manriques, Garci González Orejón, después de invadir el solar de la Vega, cayó sobre Potes con buen golpe de gente armada, cometiendo todo género de violencias y tropelías; pero fueron rechazados por los parciales de Doña Leonor, que acaudillaba Pero Gutiérrez de la Lama.

Nada bastó á abatir la entereza de la señora de la Vega, que, dividiendo á sus enemigos, acabó por triunfar de todos ellos. Consiguió que el Real de Manzanares se pusiese en secuestro y tercera hasta probar el mejor derecho, nombrándose juez árbitro al obispo de Sigüenza. El señor de Rello siguió ocupando las *casas mayores* de Guadalajara, pero reconoció el mejor derecho de su sobrino y se obligó á pagarle dos mil maravedís anuales á modo de alquiler de ellas. En virtud de sentencia favorable de los oidores Juan González de Acevedo y Juan Alfonso de Toro, fué reconocida Doña Leonor en 1407 por señora de los valles de Carriedo, Villaescusa, Cayón, Camargo, Cabezón y el Alfoz de Loredó. En 1409 consiguió de los Manriques la devolución de la casa y torre de la Vega, y, por último, á fuerza de requerimientos sostenidos por las armas de sus parciales, logró hacerles abandonar lo que en Liébana tenían usurpado. Al mismo tiempo, y para asegurarse el apoyo de uno de los magnates más poderosos de Castilla, concertó el matrimonio de su hijo Iñigo con Doña Catalina de Figueroa, hija del Maestre de Santiago D. Lorenzo Suárez, firmándose las capitulaciones matrimoniales en Ocaña el 17 de Agosto de 1408, y aportando la novia 15.000 florines de oro del cuño de Aragón. Por la corta edad de los cónyuges, los desposorios no se verificaron hasta 1412, en Valladolid, cuando ya el Maestre de Santiago había pasado de esta vida.

Nada positivo podemos afirmar acerca de la educación del Marqués de Santillana, salvo que fué puramente doméstica, recibida en casa de su madre y de su abuela Doña Mencía de Cisneros, al calor de las tradiciones familiares de un linaje en que todos habían sido poetas ó protectores de poetas: su padre el Almirante, su abuelo Pero González de Mendoza.

La primera vez que Iñigo López aparece siguiendo la corte es en el viaje del Infante de Antequera á Aragón (1414). Tenía entonces diez y ocho años, y pudo observar de cerca el renacimiento de las artes trovadorescas y el esplendor de sus justas, tal y como le describe D. Enrique de Villena en el *Arte de Trovar*, que años después dedicó al propio señor de Hita y Buitrago.

El simple relato de los hechos anteriores basta para probar la inexactitud del dicho de Hernando del Pulgar, cuando afirma «que al Marqués, muertos el Almirante, su padre, y *Doña Leonor de la Vega, su madre*, é quedando bien pequeño de edad, le fueron ocupadas las Asturias de Santillana é gran parte de los otros bienes; é como fué en edad que conoció ser defraudado en su patrimonio, la necesidad que despierta el buen entendimiento é el corazón grande que no deja caer sus cosas, le hicieron poner tal diligencia, que veces por justicia, veces por armas, recobró todos sus bienes». Pues la verdad es que Doña Leonor de la Vega no falleció hasta 1432, y que la conservación, ó mejor dicho, el recobro de los estados de D. Iñigo no se debió en primer término á la *diligencia* de éste, sino á la increíble habilidad de su madre, á quien con hipóbole un tanto desafortada llega á comparar Amador de los Ríos nada menos que con la gran reina Doña María de Molina.

Pero si D. Iñigo no tuvo necesidad de recobrar su patrimonio, es cierto que anduvo muy diligente en acrecentarle, aprovechando cuantas ocasiones le presentó el río revuelto de las discordias políticas, comen-